



LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL
SANTABÁBARA

EL CAMINO
HACIA UNA VIDA
LOGRADA

ACTUALIDAD

LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL
SANTABÁRBARA

EL CAMINO HACIA
UNA VIDA LOGRADA



Diseño: Ignacio Molano / Estudio SM

© 2015, Luis González-Carvajal Santabábara
© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2840-6

Depósito legal: M-12.801-2015

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

SIGLAS	5
--------------	---

PRESENTACIÓN	7
--------------------	---

I. EL SER HUMANO VA EN BUSCA DE SENTIDO

1. GRANDEZA Y MISERIA DEL SER HUMANO	13
Las tres humillaciones del ser humano	13
Todos con la piel «a rayas»	14
Abiertos a posibilidades infinitas	16
Tenemos una dignidad inconmensurable	18
Pero podemos ser unos infames redomados	19
2. UN «DIOS CON PRÓTESIS»	22
Tecnociencia y poder	22
¿Genios benefactores o aprendices de brujos?	23
Tecnociencia y ética	25
La ciencia y la Biblia	26
La ciencia y la fe	28
3. EL SENTIDO DE LA VIDA	30
Los que no encuentran sentido a la vida	30
¿Por qué estamos aquí?	31
El sentido de los sentidos	33
Elección de un proyecto de vida interesante	34
¿Hacia dónde caminamos?	36
4. EL DOLOR CUESTIONA EL SENTIDO DE LA VIDA	38
El dilema de Epicuro	38
Dos clases de males	40
¿Estamos en «el mejor de los mundos posibles»?	41
Nuestra respuesta a Epicuro	43
«No hay mal que por bien no venga»	44

5.	LOS HUMANISMOS SIN DIOS	46
	El humanismo	46
	Feuerbach: el padre del humanismo ateo	47
	Marx: ateo en favor de los pobres	49
	Nietzsche: el humanismo orgulloso	51
	La crisis del humanismo sin Dios	52
6.	EL HUMANISMO CRISTIANO	55
	Crecer como personas	55
	Jesús de Nazaret, prototipo de una nueva humanidad	56
	Dios nunca anula al ser humano	58
	Un «manual de instrucciones» para el ser humano ..	61
7.	CAMINANDO HACIA UNA VIDA LOGRADA	63
	La libertad	63
	Libertad y responsabilidad	66
	La libertad no es para tenerla, sino para usarla	68
	Dios y la libertad	69
	<i>Para reflexionar</i>	71

II. DIOS VA EN BUSCA DEL SER HUMANO

1.	EL PROYECTO DIVINO DE SALVACIÓN SE LLAMA REINO DE DIOS	75
	La salvación: una palabra pasada de moda	75
	La victoria sobre el pecado	76
	La superación de la muerte	78
	Las ansias de infinitud	79
	A grandes males, grandes remedios	81
2.	PRESENCIA ACTUAL DEL REINO DE DIOS	83
	Jesús, el «Hijo del hombre»	83
	El reino de Dios	84
	Las parábolas del reino	85
	Una buena noticia para los que sufren	87
	Una buena noticia para los pecadores	88
3.	PLENITUD FUTURA DEL REINO DE DIOS	90
	Crucificado por «locura de amor»	90

Resucitado para «poner las cosas en su sitio»	91
Un cielo nuevo, una nueva tierra	93
¿Pueden los seres humanos «construir» el reino de Dios?	94
También hay un futuro para la historia	95
4. REINO DE DIOS Y SEGUIMIENTO DE JESÚS	98
¿Fue Jesús un <i>rabbí</i> ?	98
Dos formas de discipulado	99
La trampa de la «obediencia complicada»	100
La falsificación del cristianismo <i>light</i>	102
Seguimiento no es imitación mimética	103
5. EL «CÓDIGO GENÉTICO» DE LOS SEGUIDORES DE JESÚS	106
La fe y las creencias	106
El nuevo nacimiento	107
El amor	109
Las notas del buen amor	110
La esperanza	112
6. CUATRO POSTURAS DIFERENTES ANTE EL «MÁS ALLÁ»	114
Los que <i>saben</i> que después de la muerte no hay nada .	114
Los que <i>saben</i> que la muerte es un amanecer	115
Los que <i>creen</i> en la reencarnación	116
Los que <i>creen</i> en la resurrección	120
7. LA VIDA ETERNA	122
La simpleza de Yuri Gagarin	122
Dios mismo será nuestro lugar	123
Calisto seguirá queriendo a Melibea	125
Eternidad sin aburrimiento	126
Los que rechazan la salvación	128
<i>Para reflexionar</i>	130

III. LOS SERES HUMANOS BUSCAN A DIOS, PERO NO SIEMPRE

1. LA RELIGIÓN Y LAS RELIGIONES	133
La religión	133
Las religiones son un instrumento de salvación	134

	Dos grandes tipos de religiones	136
	Valor de las distintas religiones	139
2.	EL JUDAÍSMO	142
	Un poco de historia	142
	Dos asociaciones llamativas	143
	Elementos básicos del judaísmo	145
	Las fiestas judías	148
3.	EL ISLAM	150
	Mahoma	150
	Libros sagrados	151
	Los cinco pilares del islam	153
	La <i>shari'a</i>	154
	El islam, uno y diverso	156
4.	EL HINDUISMO Y EL BUDISMO	158
	La más antigua de las religiones existentes hoy:	
	el hinduismo	158
	Visión hinduista del «más allá» y el «más acá»	160
	Una herejía para el hinduismo llamada budismo	161
	El budismo como mensaje de salvación	163
	El budismo y los budismos	165
5.	LOS QUE HUYEN DE DIOS	167
	La huida de Dios	167
	El ateísmo	168
	El agnosticismo	170
	La indiferencia religiosa	171
	Religiones sin Dios	173
	Los cristianos culturales	174
6.	CAMINOS HACIA DIOS	176
	¿Silencio de Dios?	176
	Desconecta el <i>whatsapp</i>	177
	Los mil y un caminos hacia Dios	179
	La belleza, camino hacia Dios	181
	La belleza de la naturaleza	183
7.	EL ARTE, CAMINO HACIA DIOS	186
	Un destello de la belleza divina	186
	El Cristo de Velázquez y el de Benito Prieto	187

A favor y en contra de las imágenes	189
La música hecha oración	190
¿Ausencia de Dios en el arte actual?	192
<i>Para reflexionar</i>	194

IV. LOS CRISTIANOS BUSCAN LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR

1. LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR	197
La civilización del amor es la única «civilización» ...	197
El poder del pecado	198
La fuerza del amor	200
El amor, la justicia y la ley	201
Una tarea de todos	203
2. EL MAGISTERIO SOCIAL DE LA IGLESIA	206
León XIII y Pío XI	206
Juan XXIII y Pablo VI	207
Juan Pablo II y Benedicto XVI	209
Naturaleza del magisterio social de la Iglesia	210
Legitimidad del magisterio social de la Iglesia	212
3. PRESENCIA PÚBLICA DE LOS CRISTIANOS EN LA SOCIEDAD .	214
Llamamiento a la acción	214
La política como vocación	215
Unidad y pluralismo	217
Democracia y fe cristiana	219
«Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»	220
4. LOS CRISTIANOS EN UNA SOCIEDAD PLURAL	223
El «politeísmo» de los valores y la tolerancia	223
Libertad religiosa	224
Laicismo y laicidad	226
Necesidad de una ética pública ante el «politeísmo» de valores	227
Leyes justas y leyes injustas	229
5. EL TRABAJO	232
Valor humano del trabajo	232
Valor cristiano del trabajo	234

Condiciones laborales	235
El salario justo y la cogestión	237
Sindicalismo y huelga	239
6. POBREZA, EXCLUSIÓN Y SOLIDARIDAD	241
Los pobres	241
Los excluidos	242
Los que están con ellos	244
La utopía de los voluntarios sociales	245
Una estrategia	247
7. CONSTRUCTORES DE LA PAZ	249
La paz en la Biblia y en el pensamiento actual	249
Apología de la no violencia	251
¿Puede la necesidad obligar a matar?	253
Regulación de la violencia	255
El camino hacia la paz	256
<i>Para reflexionar</i>	258

SIGLAS

- AA CONCILIO VATICANO II, *Apostolicam actuositatem* (18 de noviembre de 1965)
- AG CONCILIO VATICANO II, *Ad gentes* (7 de diciembre de 1965)
- CA JUAN PABLO II, *Centesimus annus* (1 de mayo de 1991)
- ChL JUAN PABLO II, *Christifideles laici* (30 de diciembre de 1988)
- CV BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* (29 de junio de 2009)
- DCE BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005)
- DH CONCILIO VATICANO II, *Dignitatis humanae* (7 de diciembre de 1965)
- DR PÍO XI, *Divini Redemptoris* (19 de marzo de 1937)
- EG FRANCISCO, *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013)
- FC JUAN PABLO II, *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981)
- GS CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965)
- ID LEÓN XIII, *Immortale Dei* (1 de noviembre de 1885)
- LE JUAN PABLO II, *Laborem exercens* (14 de septiembre de 1981)
- LP LEÓN XIII, *Libertas praestantissimum* (20 de junio de 1888)
- MM JUAN XXIII, *Mater et magistra* (15 de mayo de 1961)
- NA CONCILIO VATICANO II, *Nostra aetate* (28 de octubre de 1965)
- OA PABLO VI, *Octogesima adveniens* (14 de mayo de 1971)
- PIB Producto Interior Bruto
- PG J.-J. MIGNE (ed.), *Patrologia Graeca*, 161 vols. París, 1857-1866 (y sucesivas reediciones)
- PL J.-J. MIGNE (ed.), *Patrologia Latina*, 217 volúmenes y 4 de índices. París, 1844-1855 (y sucesivas reediciones)
- PP PABLO VI, *Populorum progressio* (26 de marzo de 1967)
- PT JUAN XXIII, *Pacem in terris* (11 de abril de 1963)
- QA PÍO XI, *Quadragesimo anno* (15 de mayo de 1931)

- RH JUAN PABLO II, *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979)
RN LEÓN XIII, *Rerum novarum* (15 de mayo de 1891)
SRS JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis* (30 de diciembre de 1987)

PRESENTACIÓN

Aunque cueste creerlo, en varias ocasiones me ha resultado más fácil escribir un libro que encontrarle el título adecuado. Suelo comenzar a buscarlo desde que escribo la primera página, y más de una vez he llegado al final –que para mí suele ser la redacción del prólogo– sin haberlo encontrado. Cuando me ocurre eso comprendo que Baroja pusiera los títulos a boleo, sin ninguna relación con el tema del libro. Por ejemplo, en el prólogo de *El tablado de Arlequín* escribió: «Le doy el título de *El tablado de Arlequín* como podría darle otro cualquiera»¹. Y, efectivamente, visto el contenido del libro, igual podría haberlo llamado «Horchata de chufa».

La dificultad es mayor todavía cuando el libro –como ocurre en este caso– desarrolla veintiocho temas distintos, cada uno de los cuales, a pesar de su brevedad, es una unidad completa en sí misma que puede entenderse sin necesidad de haber leído antes los que le preceden ni tener intención de leer después los que le siguen. Eso permite iniciar la lectura por el capítulo que cada cual quiera y dejarla cuando se canse.

Pero no piense el lector que va a sumergirse en un libro sin pies ni cabeza², como dijo Baudelaire de uno de los suyos. Tanto las cuatro partes en que está dividido como los siete capítulos que integran cada una de esas cuatro partes siguen un orden lógico estructurado en torno a la idea de búsqueda. «Una vida sin búsqueda –decía Platón– no merece ser vivida»³.

He aquí el mapa del recorrido que propongo al lector: los seres humanos van en busca de sentido (primera parte) y, como

¹ P. BAROJA, *El tablado de Arlequín*, en *Obras completas* 5. Madrid, Biblioteca Nueva, 1976, p. 11.

² Ch. BAUDELAIRE, *El spleen de París*, en *Obras*. México, Aguilar, 1961, p. 372.

³ PLATÓN, *Apología de Sócrates* 38a, en *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1972, p. 215.

en esa búsqueda interviene Dios (segunda parte), los seres humanos empiezan también a buscar a Dios (tercera parte); por último, los cristianos buscan la civilización del amor (cuarta parte), que también eso es necesario para caminar hacia una vida lograda. (¡Acabo de descubrir, por cierto, que ya he encontrado el título que andaba buscando: «El camino hacia una vida lograda»!).

No debe extrañar que la segunda parte, en la que aparece Dios buscando a los seres humanos, preceda a la tercera, que muestra a los seres humanos como buscadores de Dios. Aunque subjetivamente podamos creer que somos nosotros quienes buscamos a Dios, se trata en realidad de *dejarnos encontrar* por él: «Nadie puede buscar a Dios si antes no ha sido encontrado por él», dice un famoso trapense que hablaba por propia experiencia⁴; «el hombre es encontrado por Dios antes de buscarlo», asegura el teólogo⁵; «déjate encontrar por Dios», remata el pastor⁶.

Es sabido que los libros solo enriquecen a quienes se acercan a ellos con la mente llena de preguntas. Observaba Ortega con perspicacia que el signo de interrogación tiene forma de gancho, y con ese gancho podemos atrapar riquezas que todavía permanecían ocultas⁷. Por eso verá el lector que cada una de las cuatro partes en que está dividido este libro concluye con algunas preguntas que ayudan a interiorizar lo leído; preguntas que pueden servir igualmente como pistas para una posible reflexión en grupo. Esas preguntas son únicamente ejemplos de otras mil posibles; cada cual deberá prolongar la reflexión por donde sus propias preguntas le lleven.

⁴ Th. MERTON, *La vida silenciosa*. Bilbao, Desclee de Brouwer, 2009, p. 13.

⁵ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Historia, hombres, Dios*. Madrid, Cristianidad, 2005, p. 578.

⁶ C. OSORO SIERRA, *Cartas desde la fe*. Madrid, Narcea, 1995, p. 157.

⁷ J. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, en *Obras completas* 7. Madrid, Revista de Occidente, 1961, pp. 106-107. He corregido una errata de imprenta obvia: ponía «gaucho» en vez de «gancho».

Si el lector está atento observará también que he evitado emplear el género masculino para referirme a ambos sexos (prefiero escribir «seres humanos» en vez de «hombres», «trabajo humano» en vez de «trabajo de los hombres»...), aunque, lógicamente, cuando cito un texto de otro autor respeto su lenguaje.

Debo decir, por último, que existen dos versiones de este libro: la que tiene el lector en sus manos –que es la original– y otra, sin notas a pie de página y bastante modificada, con el fin de adaptarlo como libro de texto para la enseñanza religiosa en el nuevo bachillerato.

Las primeras modificaciones –ajenas al autor– fueron introducidas por el Equipo editorial de libro de texto de Religión de SM para adaptarlo al aula. El 24 de febrero de 2015, estando el libro ya prácticamente maquetado, aparecieron en el *Boletín Oficial del Estado* los currículos de la enseñanza de Religión católica para la Enseñanzas Primaria y Media. Por razones que resultaría demasiado aburrido explicar aquí⁸ resultó que *no coincidían* con los que un año antes había dado a conocer la Comisión Episcopal de Enseñanza a las editoriales. Así pues, estando ya en puertas el comienzo del nuevo curso fue necesario introducir nuevas modificaciones de última hora en el libro, que cada vez se parecía menos al original.

Por ello, la editorial PPC y el autor, pensando que el contenido original podía resultar interesante para un abanico de edades mucho más amplio que el de los alumnos de bachillerato, coincidieron en la conveniencia de difundirlo.

⁸ Pueden verse en *Vida Nueva* 2931 (6 de marzo de 2015), pp. 16-17.

I

EL SER HUMANO VA EN BUSCA
DE SENTIDO

GRANDEZA Y MISERIA DEL SER HUMANO

Las tres humillaciones del ser humano

Según Freud, el ser humano –que se creía el centro de la creación– ha sufrido en los últimos siglos tres grandes humillaciones¹:

– La primera de ellas llegó en el Renacimiento, con la teoría heliocéntrica de Copérnico. Hasta entonces, los seres humanos tenían la ilusión narcisista de que «la Tierra, su sede, se encontraba en reposo en el centro del universo, en tanto que el Sol, la Luna y los planetas giraban circularmente en derredor de ella».

Podríamos añadir que los descubrimientos posteriores a Freud han agravado esta primera «humillación» del ser humano. La Tierra, además de no ser el centro del universo, ha resultado ser un puntito exiguo dentro del sistema solar; que a su vez resulta insignificante dentro de una galaxia (la Vía Láctea); que a su vez es muy poca cosa en la inmensidad de los sistemas estelares. Es toda una lección de *humildad óptica* (después hablaremos de la *humildad ética*, es decir, la conciencia de nuestra debilidad moral; ahora nos referimos a la conciencia de nuestra pequeñez en medio del vasto universo).

– En el siglo XIX llegó la humillación biológica, cuando las investigaciones de Darwin revelaron que el ser humano no es tan distinto de los animales como pensaba; aunque quiera ignorar su pasado evolutivo, no deja de ser un mono sin pelo. Arthur Koestler, tras leer *El mono desnudo*, de Desmond Morris, comentó:

¹ S. FREUD, *Un paralelo mitológico a una imagen obsesiva plástica*, en *Obras completas* 3. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, pp. 2434-2435. Repite las mismas ideas en *Las resistencias contra el psicoanálisis*, *ibid.*, pp. 2806-2807.

«Cuando uno se mira al espejo después de haber leído este libro, ya no se ve de la misma manera»².

– Por fin, en el siglo xx llegó la humillación psicológica, cuando el propio Freud descubrió el inconsciente. Aunque Copérnico y Darwin hubieran bajado los humos al ser humano, seguía considerándose por lo menos dueño de sí mismo, pero el descubrimiento del inconsciente acabó también con esa ilusión: «El *yo* –dice Freud– tropieza con limitaciones de su poder dentro de su propia casa, dentro del alma misma. Surgen de pronto pensamientos que no se sabe de dónde vienen, sin que tampoco podamos rechazarlos». Esos huéspedes parecen ser incluso más poderosos que los controlados por el *yo*, porque resisten a todos los medios coercitivos de la voluntad y –sobre todo en enfermedades como las neurosis– permanecen fuertemente arraigados, aunque nuestra razón y el testimonio de los demás coincidan en que no responden a la realidad.

Todo esto es verdad, pero a la vez no podemos dejar de admirar la grandeza del ser humano, que, desde ese puntito insignificante llamado Tierra, ha sido capaz de explorar los inmensos espacios, retroceder en el tiempo hasta el momento del Gran Estallido (*Big Bang*), cuando a partir de la «nada» emergió la materia, y escrutar las profundidades del inconsciente. Con razón decía Pascal que «el hombre es solo una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa»³.

Todos con la piel «a rayas»

También en el campo moral encontramos la grandeza y la miseria de los seres humanos. Fueron seres humanos los que inventaron las cámaras de gas de Auschwitz, pero también los que entraron en esas cámaras con la cabeza erguida y rezando el

² D. MORRIS, *El mono desnudo. Un estudio del animal humano*. Barcelona, Plaza & Janés, 1970. La frase de Koestler aparece citada en la contraportada.

³ B. PASCAL, *Pensamientos* 347/200, en *Obras*. Madrid, Alfaguara, 1981, p. 412.

Padrenuestro. Al recordar el sacrificio del P. Kolbe –que voluntariamente ocupó el lugar de otro prisionero condenado por el coronel de las SS a morir de hambre– vemos que, precisamente allí donde fue negada la humanidad del modo más radical, tuvo lugar una extraordinaria floración de humanidad.

Sin embargo, rara vez podemos clasificar a las personas como «buenas» y «malas»; por eso los personajes «de una sola pieza», característicos de las obras literarias antiguas –el bueno, el malo, el valiente, el envidioso...–, han dado paso en nuestros días a personajes divididos entre unos ideales sublimes y unas pasiones contrarias. Casi todos nosotros somos una mezcla de bien y mal, como la niña del siguiente cuento de Tony de Mello: «En cierta ocasión, un predicador preguntó a un grupo de niños: “Si todas las buenas personas fueran blancas y todas las malas personas fueran negras, ¿de qué color seríais vosotros?” La pequeña Mary Jane respondió: “Yo, reverendo, tendría la piel a rayas”»⁴.

Recuerdo, por cierto, que Frantz Fanon, en su libro *¡Escucha, blanco!*, se preguntaba por qué «en el inconsciente colectivo del *homo occidentalis* el negro –o, si se prefiere, el color negro– simboliza el mal, el pecado, la miseria, la muerte, la guerra, el hambre»⁵. Pero,elijamos un color u otro, el caso es que en el cuento anterior todos tenemos «la piel a rayas».

Otra experiencia en que se entrecruzan la grandeza y la miseria moral tiene lugar cuando acciones hechas con buena intención producen efectos negativos no pretendidos y quizá incluso imprevisibles. Kant decía que «con una madera tan retorcida como es el hombre no se puede conseguir nada completamente derecho»⁶.

⁴ A. DE MELLO, *El canto del pájaro*, en *Obra completa* 1. Santander, Sal Terrae, 2003, p. 226.

⁵ F. FANON, *¡Escucha, blanco!* Barcelona, Nova Terra, 2^a1970, p. 237. El título del original francés es *Peau noire, masques blancs*.

⁶ I. KANT, *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*, en *Filosofía de la historia*. Madrid, FCE, 1981, p. 51.

Muchas veces es necesario que pase mucho tiempo para adquirir esa sensibilidad afinada que nos permite comprender el daño hecho con la mejor voluntad a nosotros mismos o a otras personas. Recordemos lo que le ocurrió al hijo pródigo: pensó que alejándose del Padre encontraría la libertad y la felicidad, pero no encontró otra cosa que la esclavitud, la miseria y la abyección (Lc 15,11-31).

Además está la experiencia de que los vicios, aun desarraigados, dejan casi siempre algún retoño. No solo el organismo, sino también el espíritu pueden pasar factura de los excesos cometidos en el pasado.

Abiertos a posibilidades infinitas

La realidad evocada en los dos apartados anteriores pone de manifiesto hasta qué punto somos seres finitos, y sin embargo no nos encontramos a gusto en la finitud. En 1869, el conde de Lautréamont acertó a expresarlo muy gráficamente: «Experimento esa necesidad de infinito... Pero ¡no puedo, no puedo satisfacer esa necesidad! Hijo soy de hombre y de mujer, según me han dicho. Lo que me deja asombrado, creía ser más»⁷.

Quienes solamente ven en el ser humano un mono que ha perdido el pelo y ha aprendido a usar mejor que los demás monos la lengua y las manos no han comprendido que hay dentro de nosotros un misterio que provoca simultáneamente estupor y humildad, dimensiones ambas muy bien expresadas en los relatos bíblicos de la creación al decir que somos «imagen de Dios» (Gn 1,26-27) y «barro de la tierra» (Gn 2,7).

Ahora sí tenemos el cuadro completo: Una silla no puede ser «ni más ni menos silla» de lo que es; en cambio, los seres humanos podemos ser más o menos humanos.

⁷ CONDE DE LAUTRÉAMONT, *Los cantos de Maldoror*, canto I, en *Los cantos de Maldoror y otros textos*. Barcelona, Barral, 1970, p. 24.

Pico della Mirandola, en el discurso fundador del humanismo –el famoso *De dignitate hominis* (1486)–, pone en boca de Dios estas palabras: «No te he dado una ubicación fija, ni un aspecto propio, ni peculio alguno, ¡oh Adán!, para que así puedas tener y poseer el lugar, el aspecto y los bienes que, según tu voluntad y pensamiento, tú mismo elijas. La naturaleza asignada a los demás seres se encuentra encerrada por las leyes que yo he dictado. Pero tú, al no estar acotado por ningún límite, definirás los límites de tu naturaleza según tu propio albedrío. [...] No te he concebido como criatura celeste ni terrena, ni mortal ni inmortal, para que, como soberano escultor y modelador de ti mismo, te esculpas de la forma que prefieras. Podrás degenerar en los seres inferiores, que son los animales irracionales, o podrás regenerarte en los seres superiores, que son los divinos, según la voluntad de tu espíritu»⁸.

Cuando nació Juan Bautista todos se preguntaron: «¿Qué será este niño?» (Lc 1,66). En cierto modo, esa pregunta se podría haber hecho de cualquiera de nosotros, porque cuando nace un ser humano todo es posible. Es capaz de todo y no está preparado para nada. En la *Física*, Aristóteles sostuvo la curiosa teoría de que cada cosa tiene un «lugar natural» y si la dejamos en libertad se dirige espontáneamente hacia él: una piedra se mueve hacia abajo porque su lugar natural es la tierra; el humo asciende porque su lugar natural está arriba. En cambio, los seres humanos no tenemos un «domicilio» asignado con precisión: podemos elevarnos hasta el cielo o bien descender al abismo. Por eso lo más triste que puede decirse de alguien cuando exhala el último suspiro es: «Pudo haber sido...».

⁸ G. PICO DELLA MIRANDOLA, *Discurso sobre la dignidad del hombre*. Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988, pp. 50-51 (he modificado algo la traducción).

Tenemos una dignidad inconmensurable

Los filósofos han justificado de diversas formas el valor y la dignidad de toda persona. Kant, por ejemplo, lo hizo a partir del hecho de que las personas son únicas e irrepetibles y, por tanto, no intercambiables: «Aquello que tiene precio puede ser sustituido por algo *equivalente*; en cambio, lo que se halla por encima de todo precio y, por tanto, no admite nada equivalente, eso tiene una dignidad». De ahí se deduce que, mientras todo en el mundo tiene un precio, el ser humano «es lo único que posee dignidad»⁹.

A esas razones –y muchas más que podrían aducirse– la fe cristiana añade otras más importantes todavía. En primer lugar hemos sido creados «a imagen y semejanza de Dios» (Gn 1,26-27); semejanza que radica en nuestra alma inmortal (san Ireneo de Lyon); en nuestra libertad (san Cirilo de Jerusalén); en nuestra inteligencia, capaz de dominar la creación (san Agustín); en que somos, como Dios, causa de otras criaturas (santo Tomás de Aquino)... En realidad, no solo somos imagen, sino también hijos de Dios; afirmación tan sorprendente que no nos atreveríamos a usarla si no estuviera en la Escritura (1 Jn 3,1-2). En la magnífica película *Pena de muerte* (Tim Robbins, 1995), cuando la Hna. Helen dice a Matthew Poncellet, un momento antes de ser ejecutado, que es hijo de Dios, se echa a llorar: «Nadie me había llamado hijo de Dios; me habían llamado hijo de puta muchas veces, pero no hijo de Dios». Para acabar de redondear nuestra dignidad, todos los seres humanos estamos llamados a la unión con él: ¡cada ser humano es un «tú» para Dios!

De todas estas afirmaciones brota un optimismo inconmensurable sobre la dignidad del ser humano, sobre su valor infinito. Decía Juan Pablo II que «ese profundo estupor respecto al

⁹ I. KANT, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid, Espasa-Calpe, 1983, p. 93.

valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Noticia. Se llama también cristianismo» (RH 10b).

La Universidad Carlos III, de Madrid, ha elegido como emblema esta sentencia de las *Cartas a Lucilio*, de Séneca: «El hombre es cosa sagrada para el hombre» (*Homo homini sacra res*)¹⁰. Los Padres de la Iglesia fueron más lejos todavía, porque decían: «¿Has visto a tu hermano? Has visto a Dios»¹¹.

Por eso, la principal razón para respetar a cada ser humano no es lo que *hace*, lo que *tiene* o lo que *dice*, sino lo que *es*. Acertadamente decía Antonio Machado, «por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre»¹². Esa dignidad intrínseca ni se merece ni se pierde, sino que se tiene siempre, y la tenemos todos.

Pero podemos ser unos infames redomados

Cuando el cristianismo exalta la dignidad del hombre no cae en un optimismo superficial e ingenuo que ignora las sombras del cuadro. La «historia universal de la infamia» –y no me refiero ahora al libro de Borges– sería interminable: Iván el terrible, Hitler el loco, Stalin el criminal y otros muchos deberían ser parte de un retablo maldito que no olvidáramos nunca. Y, día tras día, los periódicos siguen añadiendo capítulos a la historia universal de la infamia.

Repasando la historia de los últimos ciento cincuenta años estaríamos tentados de dar la razón a Péguy cuando pone en

¹⁰ LUCIO ANNEO SÉNECA, *Cartas a Lucilio* 95, 33, en *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 31957, p. 679.

¹¹ Así, por ejemplo, TERTULIANO, *De oratione*, cap. 26, n. 1 (PL 1, 1301 A); CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata*, lib. I, cap. 94, n. 5 (*Stromata* I. Madrid, Ciudad Nueva, 1996, pp. 272-273) y *Stromata*, lib. II, cap. 70, n. 5 (*Stromata* II. Madrid, Ciudad Nueva, 1998, pp. 188-189).

¹² A. MACHADO, *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, en *Obras completas de Manuel y Antonio Machado*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1978, p. 1022.

boca de Juana de Arco estas palabras: «En verdad, Dios mío, [los seres humanos] no saben qué inventar, no saben qué mal hacer; hoy se cometen pecados que nunca se habían cometido. No se sabe qué inventar. Pecados que nadie podría ni sospechar». Y añade algo terrible: «Nosotros, que vemos cómo todo esto pasa ante nuestros ojos sin hacer nada más que caridades vacías... ¿no somos cómplices de todo esto? Cómplice, cómplice, es como autor. Si somos cómplices de esto, somos autores. Decir cómplice es tanto como decir autor. El que deja hacer es como quien manda hacer. Es todo uno»¹³.

Hemos oído que el pecado es un mal que hacemos a Dios (antes se decía a los niños pequeños que el pecado «hace llorar al Niño Jesús»; y a las personas mayores que con nuestros pecados «crucificamos otra vez a Cristo»). Es verdad, ciertamente, que el pecado hace sufrir a Dios, pero solo porque hace daño a sus hijos, empezando por el propio pecador. Según la Biblia, «los que pecan y son injustos son enemigos de sí mismos» (Tob 12,10). El Corán afirma igualmente que a los pecadores «no es Alá quien les hace daño, sino ellos mismos quienes se lo hacen»¹⁴.

Lo expresó con extraordinaria fuerza Dostoyevski: cuando el protagonista de *Crimen y castigo* confiesa a una pobre muchacha caída (Sonia) que ha matado a dos viejas para robarlas, ella exclama: «¿Qué ha hecho usted, qué ha hecho usted contra sí mismo?»¹⁵.

En el Antiguo Testamento, el verbo hebreo *ḥātā'*, que traducimos por «pecar», significa literalmente *no dar en el blanco*; es decir, una meta no alcanzada, un objetivo fallido. Quien peca no da en el blanco de la propia vida y echa a perder el proyecto que

¹³ Ch. PÉGUY, *El misterio de la caridad de Juana de Arco*. Madrid, Encuentro, 1978, pp. 61-62.

¹⁴ Corán 3,118, en *El Sagrado Corán, con texto en árabe y traducción al español*. Pedro Abad, Córdoba, Misión Ahmadía del Islam, 2003, p. 92.

¹⁵ F. M. DOSTOYEVSKI, *Crimen y castigo*, en *Obras completas 2*. Madrid, Aguilar, 1973, p. 303.

Dios tiene sobre él. En consecuencia, pecar no quiere decir solo hacer el mal, sino *hacerse mal*: el pecado impide nuestra realización. Y es que, como dice Pronzato, «nos odiamos mucho más de lo que pensamos».

Por eso, al terminar esta reflexión sobre la grandeza y la miseria del ser humano, diré del pecado lo de aquel: «No soy partidario».

UN «DIOS CON PRÓTESIS»

Tecnociencia y poder

El ser humano ha logrado compensar holgadamente su fragilidad física mediante la ciencia y la técnica, que le han convertido en una especie de «Dios con prótesis», como dijo irónicamente Freud¹.

La diferencia entre la ciencia y la técnica en teoría es muy clara: la primera solo busca conocer, sin que le importe la utilidad o falta de utilidad del conocimiento adquirido; la segunda, en cambio, busca conocer para poder hacer algo. Sin embargo, en la práctica las fronteras se difuminan, porque los científicos difícilmente conseguirán financiación para sus investigaciones si no son susceptibles de aplicaciones técnicas. Podríamos decir que ciencia y técnica forman una endíadis, es decir, la figura por la cual las dos palabras juntas sirven para expresar una sola realidad: la tecnociencia.

En 1620, cuando estaba comenzando la ciencia moderna, Francis Bacon afirmó en el *Novum organum* que «ciencia y poder coinciden» (*scientia et potentia in idem coincidunt*)². Pensemos, por poner un único ejemplo, en los avances de la medicina. Hipócrates pensaba que el poder de los médicos estaba limitado por lo que llamaba fatalidades inexorables (*anánkai*) en el seno de la naturaleza: ciertas enfermedades eran mortales o incurables por necesidad, y frente a ellas nunca podría nada la medicina.

¹ S. FREUD, *El malestar en la cultura*, en *Obras completas* 3. Madrid, Biblioteca Nueva, ³1973, p. 3034.

² F. BACON, *Novum organum. Aforismos sobre la interpretación de la naturaleza y el reino del hombre*, lib. 1, aforismo 3. Barcelona, Orbis, ²1985, p. 27.

Nuestros contemporáneos, por el contrario, borrachos de éxitos, piensan que lo que hoy no es terapéuticamente posible, mañana lo será.

El problema es que con mucho poder no solo se puede hacer mucho bien, sino también mucho mal. La ciencia y la técnica son ambivalentes, porque al fin y al cabo son instrumentos. Tanto el cuchillo como la energía nuclear pueden ponerse al servicio del bien o al servicio del mal, pero el cuchillo lo hace a pequeña escala y la energía nuclear a escala gigantesca. Por eso es posible que el enorme desarrollo que están alcanzando la ciencia y la técnica sea el principal problema que deberá afrontar la aldea planetaria en el futuro. Nuestro milenio se va a caracterizar, sin duda, por experiencias tecnológicas límite, del más alto riesgo.

¿Genios benefactores o aprendices de brujo?

Ya en nuestros días el poder de destrucción del ser humano se ha acrecentado tan enormemente que, si quisiéramos, podríamos acabar con toda la vida orgánica; y, sin duda, muy pronto estaremos en condiciones de destruir incluso la misma Tierra. Era algo que se veía venir. Hace más de cien años Renan afirmó que llegaría pronto el día en que unos pocos sabios tendrían en sus manos el explosivo capaz de volar el planeta. Sin embargo añadía: no hay nada que temer, puesto que esos sabios serán al mismo tiempo prototipo de toda virtud. Pero, ¿cómo podemos seguir manteniendo semejante confianza, conociendo como conocemos nosotros la historia del siglo xx?

Al acabar la Primera Guerra Mundial, Paul Valéry escribió: «Ha hecho falta, sin duda, mucha ciencia para matar a tantos hombres»³. La Segunda Guerra Mundial puso de manifiesto que, con más ciencia, éramos capaces de matar muchísimos más

³ P. VALÉRY, «La crise de l'esprit», en *Variété 1*, en *Oeuvres 1*. París, Gallimard, 1957, p. 989.

seres humanos todavía. Hiroshima y Nagasaki se han convertido en un símbolo del poder destructor de la humanidad. Y uno se pregunta si no llevaría razón el Mefistófeles de Goethe al decirle a Dios: «Algo mejor viviría el hombre si no le hubieras concedido ese destello de la celestial lumbre, que él llama razón, y del que tan solo se sirve para portarse más animalmente que cualquier animal»⁴.

Pero, si preocupante es el poder destructor del ser humano, no plantea menos interrogantes su poder creador. Todo hace pensar que en un futuro no muy lejano podremos lograr lo que las épocas anteriores a la nuestra consideraron como el secreto más grande, más profundo y más sagrado de la naturaleza: la creación o recreación del milagro de la vida. La clonación y las manipulaciones genéticas permitirán, dentro de poco, obtener animales –incluidos los seres humanos– estrictamente estandarizados, que respondan a normas bioindustriales precisas. No estoy fantaseando. El PTO (*Patents and Trade-mark Office*, equivalente norteamericano a los registros de la propiedad industrial en Europa) dictaminó en 1987 que todos los organismos vivos multicelulares, incluidos los animales, eran potencialmente patentables. De hecho ya se han patentado varios mamíferos genéticamente modificados.

¿Será posible que un día acabemos fabricando seres humanos en serie, como en aquella pesadilla que Aldous Huxley llamó irónicamente *Un mundo feliz*⁵? De hecho, Francis Fukuyama ha predicho que pronto la biotecnología nos habrá proporcionado las herramientas necesarias para abolir a los seres humanos propiamente dichos y fabricar un mundo donde subhombres estarán al servicio de superhombres⁶.

⁴ J. W. GOETHE, *Fausto*, en *Obras completas* 3. Madrid, Aguilar, 1973, pp. 1299-1300.

⁵ A. HUXLEY, *Un mundo feliz*, en *Obras completas* 1. Barcelona, Plaza & Janés, 1970, pp. 189-403.

⁶ F. FUKUYAMA, «La post-humanité est pour demain», en *Le Monde des Débats* (julio-agosto 1999). Versión resumida en «La fin de l'histoire, dix ans après», en *Le Monde* (29 de septiembre de 1999).

Tecnociencia y ética

Aun cuando no se diga explícitamente, existe en nuestros días una especie de *imperativo tecnológico* que podríamos enunciar así: *factibile, faciendum*; es decir: si algo se puede hacer, *hay que hacerlo*. Es posible sospechar que aquel primer pecado que el Génesis (3,5) describe como afán de «ser como Dios» se ha encarnado hoy en ese imperativo tecnológico; y no hace falta recordar la amenaza bíblica que le acompañaba: «Si comes de semejante fruto, acabarás por morir» (cf. Gn 2,17).

No pretendemos resucitar el mito de la caja de Pandora, según el cual el deseo de conocer ha llenado de desgracias la Tierra: dijimos más arriba que la ciencia y la técnica han hecho también –y pueden hacer– mucho bien a la humanidad. Pero es necesario recordar lo que escribió Rabelais hace casi seiscientos años: «Ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma»⁷. En nuestros días, la Congregación para la Doctrina de la Fe utilizó casi las mismas palabras: «La ciencia sin conciencia no conduce sino a la ruina del hombre»⁸.

Otto Hahn, inventor de la fisión del átomo de uranio, intentó suicidarse tras conocer la noticia de la destrucción de Hiroshima con la primera bomba atómica de fisión: «Acabo de advertir que mi vida carece de sentido –dijo–. He investigado por puro deseo de revelar las verdades de las cosas, y todo aquel saber científico acaba de convertirse en un enorme poder aniquilador».

Dado que no es posible controlar las aplicaciones nefastas que puedan hacerse fuera de los laboratorios, la conciencia del científico debe decidir qué es lo que da a conocer al exterior y –antes todavía– en qué direcciones es legítimo investigar y en cuáles no. Según decía Nietzsche en sus *Consideraciones intempestivas*, al científico que nada le detiene «pudiéramos conside-

⁷ F. RABELAIS, *Gargantúa y Pantagruel*. Madrid, Aguilar, 1967, p. 203.

⁸ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Donum vitae* (22 de febrero de 1987), n. 2, en *Ecclesia* 2310 (14 de marzo de 1987), p. 359.